

MAGNUS MERRIMAN
ERIC LINKLATER



Annotation

Esta novela hilarante traza el ascenso y la caída (y quizás el ascenso de nuevo) de Magnus Merriman, un posible amante, escritor, político, idealista y crofterista, movido por sueños de grandeza y talento para la derrota absurda. Convencido de que 'las naciones pequeñas son más seguras de vivir en las grandes', Magnus se convierte en un candidato nacionalista para la sede parlamentaria de 'Kinluce'. Con detalles basados ??en las propias experiencias de Linklater en una elección parcial de East Fife en 1933, el camino está preparado para un retrato satírico e irreverente de la vida, la literatura y la política escocesas en los años treinta. Nada es sagrado y nadie se salva.

ERIC LINKLATER

Magnus Merriman

Traducción de FRANCISCO BALDIZ

Edición Luis de Caralt

Sinopsis

Esta novela hilarante traza el ascenso y la caída (y quizás el ascenso de nuevo) de Magnus Merriman, un posible amante, escritor, político, idealista y crofterista, movido por sueños de grandeza y talento para la derrota absurda. Convencido de que 'las naciones pequeñas son más seguras de vivir en las grandes', Magnus se convierte en un candidato nacionalista para la sede parlamentaria de 'Kinluc'. Con detalles basados ??en las propias experiencias de Linklater en una elección parcial de East Fife en 1933, el camino está preparado para un retrato satírico e irreverente de la vida, la literatura y la política escocesas en los años treinta. Nada es sagrado y nadie se salva.

Título Original: *Magnus Merriman*

Traductor: BALDIZ, FRANCISCO

Autor: Linklater, Eric

©1946, Edición Luis de Caralt

ISBN: 9780862413132

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 26/04/2019

Eric Linklater

Magnus Merriman

TÍTULO de la obra original:

«Magnus Merriman»

Versión española de

FRANCISCO BALDIZ

Primera edición: febrero 1946

Edición Luis de Caralt

ISBN: 9780862413132

A MARJORIE

«Con amore»

ADVERTENCIA

CUANDO escribí mi primera novela fui un tonto al hacer del héroe un estudiante de medicina. Como que yo mismo había sido, durante un tiempo considerable, estudiante de medicina, ciertos equivocados lectores llegaron a la conclusión de que «La Saga del Maa Blanco» era autobiográfica. Y, realmente, verse de pronto con tan romántica reputación era algo embarazoso.

Cuando escribí «Juan en América» dejé saber imprudentemente que yo, lo mismo que Juan, había estado recientemente en los Estados Unidos. Los lectores creyeran que las aventuras de Juan habían sido mías, y muchos me preguntaron cómo era Olimpia en realidad.

Ahora, en «Magnus Merriman», he sido lo bastante indiscreto como para dejar que mi héroe pase por unas elecciones cuando yo mismo hace muy poco que me he hallado en análoga situación. Y en previsión de otro mal entendido, deseo hacer constar que la aventura de Merriman en Kinluce no es una réplica más a un caso real: que mi agente electoral no actuó de modo tan censurable como el capitán Smellie: que Merriman es una persona... yo, gracias a Dios, otra completamente distinta; que los amigos, conocidos y enemigos de Merriman son suyos y no míos.

He escrito una novela: no he llenado un álbum de fotografías ni publicado el diario de una vida malgastada.

Es cierto que, en ocasiones, he sacado mis escenarios de la realidad, y también lo es que un buen amigo me ha prestado su tabaquera, un párpado y una generosa disposición. Pero, al contrario de Meiklejohn, mi amigo del párpado, la tabaquera y la generosidad nunca se ha excedido en el restaurante Tarascón, ni ha estado en la cárcel, ni lo ha merecido jamás.

Una nariz romana no hace un retrato romano, como una capa escarlata no *implica la presencia de la* Caballería Roja. Y aunque he supuesto una situación política con cierto parecido a la actual, fácilmente puede verse que no he intentado hacer un reportaje verídico de los acontecimientos de 1931; porque no era ese mi propósito.

«Magnus Merriman», pues, no, es fotografía, ni historia, sino una novela. Y la materia prima de una novela es la ficción.



LOS PRIMEROS años de la vida de Magnus Merriman están llenos de incidentes y accidentes infantiles que, aunque podrían adquirir un significado especial si se lo propusiera alguien con una tesis a demostrar, no tienen realmente gran interés. El único suceso importante en su juventud es el curioso cambio de carácter que tuvo lugar en él, a los doce o trece años. Hasta entonces había sido precozmente sentimental, arisco y desgraciado. Una imaginación desordenada le había hecho cobarde, mientras una mezcla de pereza y falsa timidez le inducían a unas costumbres reservadas que necesariamente influían en su carácter.

Pero, de súbito, como si hubiese esperado a que su voz cambiara de tono para dar a conocer su autoridad, se convirtió en el jefe de todos los chiquillos de la vecindad y desplegando un talento para el escándalo y el bullicio que nadie hubiese sospechado de él, dio vuelta a la tortilla maltratando a los hermanos pequeños de aquellos que antes le habían atormentado. En esta época su cerebro se despaibiló, y mostró poseer abundante inteligencia de ese tipo juvenil que tan a menudo es considerada como preludio a una brillante madurez. Pero la brusquedad con que la exagerada timidez de su infancia había desaparecido para dar paso a la inspiración truculenta de la adolescencia, prometía escasa estabilidad.

Hijo de un maestro de escuela rural en la parroquia de San Magno, en el archipiélago de Orkney, Magnus nació en 1897. Habiendo adquirido de su padre y una maestra auxiliar de la escuela de aquél, los más útiles y vulgares elementos de la educación fue enviado a la ciudad de Inverdoon, sede de la más nórdica Universidad de Gran Bretaña y de una escuela casi seis veces centenaria, y considerada

como localista, pero cuya tradición de educación clásica había sido muy perjudicada por el moderno mercantilismo y la importancia que ya se daba a ciertos exámenes oficiales.

De sus profesores en la Academia de Inverdoon, hombres de mentes sólidas y poco imaginativas, obtuvo Magnus un moderado caudal de información, frecuentemente acompañado del restallar de una correa, pero en ningún caso incentivo para futuros progresos en su vida escolar, ni estímulo para el espíritu creador que dormitaba en su interior.

En 1914, poco después de estallar la guerra, regresó a Inverdoon de vuelta de sus vacaciones veraniegas en Orkney, con la intención de ingresar en la Universidad, pero en lugar de esto, se alistó en el Batallón Territorial de los Highlanders de Gordon, y empleó unos meses haciendo la instrucción en Bedford. Halló la disciplina muy fastidiosa, y al principio se mostró muy torpe para realizar los ejercicios elementales exigidos a un soldado raso. En el manejo de las armas y en su marcialidad llegó con el tiempo a ser pasable, pero los servicios fatigosos intentaba esquivarlos constantemente, aunque sin la suficiente habilidad para conseguirlo, y cosas tales como conservar su equipo dentro de las exigencias militares, presentando en debida forma el número reglamentario de prendas en la revista semanal de policía, estaban definitivamente por encima de sus fuerzas. Debido a esto, tuvo que sufrir una multitud de castigos menores, y adquirió la costumbre de olvidar lo desgraciado de su existencia, las noches de paga, en la cantina del cuartel.

A los diecisiete años unos pocos vasos de cerveza eran suficientes para fortalecer su espíritu y llenarlo de buen humor, y bajo su influencia reveló un carácter excéntrico muy del gusto de sus compañeros, quienes lo animaban a beber más aún cuando descubrieron que, bajo suficiente cantidad de estímulo, era capaz de componer chistosos y maledicentes versos sobre los oficiales y sargentos de su batallón. Estas sátiras de cantina fueron los primeros ensayos literarios de Merriman. Pasó a Francia con la reputación de soldado

inútil y descuidado, pero cuando se debilitó la formalidad de la vida militar y, ya en las trincheras resultó la suciedad ser un uniforme más que un crimen, halló muchas menos dificultades en ganar el aprecio de sus superiores.

Tenía una poderosa conformación, aunque era delgado, y pese a sobrepasar la estatura mediana, no era tan alto como para que su talla resultase un inconveniente en aquella guerra troglodita. Nunca se distinguió por su bravura, pero en ocasiones mostraba algo semejante al arrojo, lo que se debía o a la excitación o a no comprender con exactitud la gravedad de la circunstancias; lentamente se fue interesando en el arte militar, o por lo menos en aquella escasa porción de él con que podía ponerse en contacto, y se sentía inclinado a formar sobre todo ello opiniones en extremo heterodoxas.

Fue ascendido al grado de cabo y empezó a soñar en condecoraciones. Decidió ganar una Medalla de Conducta Distinguida y alguna insignia francesa, antes de cubrir su uniforme con la Cruz Militar y la Orden del Servicio Distinguido, y a medida que sus ideas eran más y más románticas, su conducta progresaba en eficiencia, hasta hacer que el capitán Duguid, jefe de su compañía, dijese una vez que «Merrimán era el mejor hombre del batallón».

Desgraciadamente ocurrió un incidente poco después de esto que cambió por completo la opinión del capitán Duguid y destruyó la ambición de Merriman, al menos por un tiempo considerable. Fue un incidente de un tipo con el que habría de familiarizarse en el resto de su vida, pues en su destino parecía surgir, una y otra vez, un espíritu burlón que le hacía la zancadilla en el momento en que su cabeza estaba más erguida, dejándolo en ridículo en las situaciones y lugares más serios. Se lanzó a obtener una medalla y vio cómo le arrancaban los galones; dondequiera que hacía el Romeo tropezaba con el vaso de noche; y en cuanto a sus esperanzas políticas habían de ser destruidas por una burlesca combinación de las circunstancias. Pero en 1916

esas catástrofes yacían ocultas en el futuro, inimaginadas y casi inimaginables, ya que el horizonte lo obstruía por entero la guerra.

Una mañana el cabo Merriman fue informado de que debía acompañar al capitán Duguid con cuatro hombres más a una acción de reconocimiento nocturno.

Tales noticias provocaron en él de primera intención la habitual sensación de lúgubre presentimiento, pero poco después se sintió animado por la idea de que ésta podía ser una oportunidad de alcanzar la Medalla de Conducta Distinguida, ya que la patrulla sería importante, y cuando llegó la medianoche, hora en que debían partir, gozaba de una alta moral. Se arrastraron fuera de las trincheras, con el capitán Duguid ligeramente adelantado, y a través de una brecha abierta en las alambradas penetraron en la tierra de nadie. Con lentitud y grandes precauciones se acercaron a las líneas alemanas, y cuando una luz Very se encendió sobre ellos, se tendieron, inmóviles, esperando que se extinguiese. Pero Merriman cometió el error de tumbarse de lado y fijar la vista en el luminoso artefacto, de modo que cuando las tinieblas se restablecieron, se halló momentáneamente cegado. El capitán susurró: «¡Vamos!» y Merriman, arrastrándose sobre el vientre, adelantó su bayoneta con energía, oyendo frente a él un grito ahogado de dolor.

—¿Qué ocurre? — indagó.

Otro murmullo le respondió, y un momento después uno de los de la patrulla, con el acento despreocupado de Buchan, exclamó:

—¡Dios mío! Un poco más y te cargas al capitán. Le has clavado la bayoneta en los pantalones.

La respuesta del cabo Merriman fue echarse de espaldas y romper a reír con estrepitosas carcajadas. El capitán le gritó «¡Quieto, loco!», y el recluta más cercano puso una mano fangosa sobre su boca. Pero el daño ya estaba hecho, y después de un breve intervalo de silencio (como si el mundo se hubiese asombrado de oír ruido tan irreverente

en medio de la guerra) las ametralladoras abrieron fuego, el cielo se iluminó con los morterazos y las granadas mordieron el terreno.

Durante media hora la patrulla pasó grave peligro e incomodidad, y luego regresó a rastras a sus propias líneas con tres hombres heridos, además del capitán. El cabo Merrimán fue desposeído de sus galones por su conducta perjudicial al mantenimiento del orden y la disciplina militar, y su visión de las condecoraciones se esfumó como un arco iris, mientras el capitán Duguid regresaba a la retaguardia en una camilla.

Algunos meses más tarde, en el Somme, el mismo Merriman fue herido en el hombro durante una breve pero precipitada retirada, y habiéndose restablecido en un hospital de voluntarios, solicitó y obtuvo un destino. Fue enviado a Mesopotamia, y después de servir largo tiempo en un clima tórrido, lleno de fiebres y monotonía, recibió la orden de incorporarse a las fuerzas organizadas en Persia por el mayor general Dunsterville. Esta afortunada aventura tuvo gran importancia en el desarrollo de su futuro.

Compartió toda la romántica existencia del pequeño ejército de Dunsterville, y penetró con él en el sur de Rusia. Durante la retirada de Bakú se distinguió tanto que lo recomendaron para la Cruz del Mérito Militar, pero su hado perverso le perseguía aún. En la calma aburrida del Mar Caspio entabló sus primeras relaciones con el vodka, y tal fue su influencia inflamatoria que, desechando todo prejuicio, envió una comisión al comandante en jefe con la impolítica sugerencia de retroceder y lanzar un inmediato contraataque, que le permitiría ganar su ansiada medalla. El consejo de guerra formado fue laudablemente misericordioso y castigó su audacia cancelando la recomendación para la Cruz de Mérito Militar.

Firmada por fin la paz, Merriman abandonó el ejército sin ninguna de sus soñadas condecoraciones, y sólo con las medallas de servicio que revelaban, una útil aunque poco

acentuada capacidad de sobrevivir o eludir los peligros y rigores de una campaña del siglo XX.

Regresó a Inverdoon y se matriculó en la Escuela Honorífica de Lengua y Literatura Inglesas. Hizo esto en parte por obediencia al impulso que le había llevado a componer imperfectos versos en el ejército, y en parte por la creencia de que el estudio de la literatura inglesa le traería menos trabajo que el estudio del francés, el alemán, los clásicos, la ciencia pura, la aplicada, el derecho, la medicina y la teología. Pasó alegremente dos años, ocupado con las encantadoras trivialidades de la vida universitaria. A menudo se sobrepasaba bebiendo, y entonces hablaba largamente sobre la guerra con otros ex soldados, y más raramente meditaba con seriedad unos pocos minutos sobre cualquier asunto.

Entonces, y casi simultáneamente con el despertar de su adormecido espíritu creador, se enamoró apasionadamente de una muchacha llamada Margarita Innes, estudiante de medicina. Era ciertamente bonita, morena y delgada, con airosa figura, preciosa boca y ojos llenos de vida y expresión. Producía la impresión de poseer alguna reserva interna de energías y un sexto sentido tal que sus más nimias observaciones tenían más valor y significado que en boca de otras personas, debido a que eran emitidas en tonos apagados y cálidos, como surgidas de un misterioso recinto de conocimientos y emociones. Tenía innumerables amigos, cuyas atenciones acogía amablemente mientras no rebasaran los límites que pudieran afectar a su honorabilidad. Esto era cierto tiempo antes de que Magnus lograra polarizar hacia sí toda su atención, cosa que logró al fin, siendo extremadamente feliz si se exceptúa la sensación constante de que ella, de un modo u otro, se mantenía fuera de su comprensión y alcance. Pero esto fue sólo un invierno. En primavera se rió de él y dividió su tiempo entre el capitán de golf de la Universidad y un violinista profesional de la ciudad. De resultas de esto, el jugador de golf comenzó a perder partidos y el violinista tocaba frecuentemente de un

modo detestable; pero Margarita Innes continuaba viviendo sin preocupaciones, obteniendo de uno y otro la diversión que les exigía, y trabajando por otra parte en el Hospital con eficiencia nunca desmentida.

Para Magnus el año fue fructífero, pero desordenado. Escribió un copioso caudal de versos rimbombantes y adquirió gran reputación por sus excentricidades de borracho. Muchas de sus historias comenzaron a circular y sus chistes más desvergonzados se repitieron ampliamente. En los primeros meses de 1923 tuvo lugar una breve pero ardiente recrudescencia de sus relaciones con Margarita Innes, pero en marzo de este mismo año ella se licenció y casi inmediatamente obtuvo el cargo de cirujano en un hospital en Bradleigh (Norte de Inglaterra). No volvieron a encontrarse durante mucho tiempo. En junio, Magnus, con alguna dificultad, obtuvo el título de segunda clase en su carrera y celebró su buena fortuna bebiendo tanto en compañía del Lector de Anglosajón, que discutieron violentamente sobre los méritos literarios del Beowulf y la Leyenda del Nial ardiente. Continuando su discusión en la calle, llegaron a las manos, y fueron detenidos. No obstante, encontraron fianza sin dificultad (la policía era comprensiva y ellos tenían muchos amigos), y aquello no tuvo más consecuencias que un pequeño escándalo.

Un mes después, Magnus se entrevistó con el Decano del Colegio de las Iglesias Unidas de Bombay, graduado igualmente en Inverdoon, y obtuvo el cargo de Lector de Literatura Inglesa, vacante recientemente por muerte de malaria de otro igualmente procedente de Inverdoon. Magnus no sentía ningún interés en la obra misional, pero desde tiempo atrás acariciaba la ilusión de ver la India y la oportunidad se presentaba en exceso prometedora para dejarla escapar.

El motivo dominante eclipsó las pequeñas objeciones a su decisión, y no se preocupó de estudiar el ambiente que le rodearía, y el hecho de que habría de considerarse